

ción insultativa y demás zandeces del mismo jaéz.

Por supuesto que no estando nuestra temperatura á igual altura, porque en ellos marca el termómetro 25°, sobre cero, mientras en mí, y quizá en más de cuatro de mis lectores marca hasta 30°, bajo cero, no podemos avenirnos con ellos, y avancemos en busca de otros más pacíficos.

Son las dos de la mañana y es la hora que no encontramos con quien asociarnos; porque á medida que avanza la noche, se hace más difícil encontrar gente siquiera á media "briaga." Dirijámonos al jardín, y allí encontraremos gente decente, tratable, que se divertirá con orden sin lastimar nuestros oídos cansados ya de imprecaciones de la gente plebeya.

Efectivamente, encontramos gente que según su traje es decente, pero según su trato es peor que la hez del pueblo. Sentémonos en una banca y pasemos revista de las escenas que allí pasan, para que se vea qué trocados andan los papeles esta noche venturosa (?) tan llena de atractivos.

En la plazoleta de la fuente del centro, andan festejando la memoria de la grande epopeya, hasta una veintena de jóvenes decentes (léase decentemente vestidos) que con piruetas y posturas prosaicas, representan quizá algunas contorsiones del hombre elástico de los hermanos Orrin. Otros van rodándose por el suelo en distintas direcciones que al cruzarse forman una batahola de gritos, patadas é imprecaciones que no se entiende aquello. Otros, cantan en redor del tañedor de bigüela, tal pluralidad de destempladas notas, acompañadas de palabrotas, que termina aquel concierto á gri-

tos y puñetazos hasta que intervienen *esas señoras* y aplacan el San Quintín.

Otros, avientan los sombreros para arriba enmedio de vivas al pobre Cura Hidalgo, etc., etc. Sería interminable si quisiese detallar uno á uno los cuadros que allí ví entre los jóvenes decentes. (?)

El paciente lector comente á su sabor el incienso que los patriotas ofrecen á los héroes. Y si esto pasa en la gente estudiantil de la alta sociedad qué esperamos de la gente plebeya?

Baste ya de cuadros insulsos, dijimos calándonos el sombrero, tomando las de Villa Diego rumbo á nuestro hogar, ateridos de frío á tiempo que el reloj de la Catedral daba las cuatro.

Hastados hasta el fastidio, trasnochados y bastante molestos, llegamos por fin á nuestro sabroso lecho, sacando esta conclusión, fruto de nuestros estudios prácticos en aquella memorable noche: Las tales fiestas nocturnas, serán cuanto se quiera que sean, ménos, patrióticas.

LXXXVII.

El Convento de Santa Clara.

Y de aquel vasto convento
Pasmo de lejanos tiempos
Solo quedan los vestigios
Conservando los recuerdos.

SI la nobleza española dió bastantes pruebas de desprendimiento en favor nuestro, la nobleza americana no debía quedar sin dar muestras de su

catolicidad y abnegación, como se verá por la presente leyenda. También entre la raza indígena se encontraban almas desprendidas y celosas por la propagación de la religión que comenzara á practicar.

El convento que nos ocupa fué obra del celo religioso de D. Diego de Tapia, hijo del conquistador D. Fernando, quien tenía una hija que inclinada al estado religioso deseaba abrazarlo.

D. Diego consultó con el P. Fr. Miguel López vicecomisario general, el cual le aconsejó fundara con el caudal de su hija Luisa un convento de monjas Claras, siendo ella la fundadora.

Doña María, hija también del conquistador, por devoción á las Claras y en obsequio de su sobrina, dejó para la fábrica del nuevo convento, las casas, sitio y solar donde vivía, sita en la Calle de Cinco Señores. (1)

Con licencia del Alcalde mayor, otorgó D. Diego las escrituras en 30 de Diciembre de 1604, hecho lo cual, el P. Fr. Francisco Pérez en nombre del Provincial y Definidores se presentó por escrito al Virrey D. Juan de Mendoza, Marqués de Montes Claros, quien dió las licencias para su fundación el 11 de Mayo de 1606.

El P. Fr. Miguel López, por muerte del Comisario general, tomó el mando superior de todas estas Provincias, y destinó nueve religiosas de los conventos de Santa Clara y San Juan de la Penitencia de México, las cuales vinieron á fundar este convento.

(1) En esa casa estuvo la oficina del Correo en 1850 y últimamente perteneció á la testamentaria de Feliú.

Salieron de México el 1º de Enero de 1607 y se dirigieron á la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, y allí se le dió solemnemente el hábito (1) á María Luisa del Espíritu Santo, hija del fundador; la que con motivo de haberse criado con las religiosas, venía con ellas.

También se les dió el hábito á tres doncellas, á título de capellanas de la fundadora.

Por todos los puntos que tocaban, fueron recibidas solemnemente, hasta llegar á Querétaro, en donde se les hizo suntuoso recibimiento.

Entraron á su convento el 13 de Enero de 1607, fiesta del Dulce Nombre de Jesús; y para perpetuar esta fiesta, se le añadió al nombre de Santa Clara, el de Jesús. (2)

El 21 de Julio de 1633, con licencia del R. P. Provincial Fr. Tomás Zavala, se trasladaron á su nuevo convento, permaneciendo en el primero solo 26 años. (3)

Al cambiarse, llevaron consigo los restos de su fundador y le hicieron solemnes exequias. Quedó sepultado en el pavimento del altar mayor en el lado del Evangelio.

El templo es riquísimo de colaterales de artesonado de oro, y en uno de ellos se venera una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, desde el origen del templo; lo cual es sin duda por la mucha devoción que le tenía la fundadora.

(1) Asistió á esta solemnidad el Virrey, Audiencia y nobleza de México.

(2) Todas estas noticias son tomadas de un M. S. de puño y letra del R. P. Valadó.

(3) El P. La Rea en su Crónica de la Provincia de S. Pedro y S. Pablo de Michoacán, dice que permanecieron 28 años.

El convento ocupaba una grande manzana y en su interior tenía las siguientes capillas: Nuestra Señora de Zapópan; Nuestra Señora del Rosario; La Degolladita; Capilla de la Espada; Los Desterrados; San Antonio; El Santo Entierro; "El Compadrito" (Jesús Nazareno) La Soledad; Señor San José y algunas otras pequeñas que no merecen mención especial.

Dentro del convento había manzanas y calles con su nomenclatura propia. Parecía una población en regla con sus calles, templos, plazas, jardines, huertas, fuentes públicas, casas de alto, etc. etc. Baste decir, que había más de cien religiosas con dos, tres y hasta cuatro criadas cada una, y esto sin contar con las niñas; y cada religiosa tenía su celda compuesta hasta de cuatro y cinco piezas.

El fundador dotó este convento con seis grandes labores de trigo y cuatro de maíz, con otros muchos sitios y estancias de ganado mayor y menor y otras posesiones del Patronato que sólo éstas rentaban \$18,000 anuales.

Fué tan rico este convento, que llegó á tener posesiones en todos los Estados, cuando el saqueo del memorable período de las leyes de reforma, sólo en efectivo se sacaron los adjudicatarios más de \$200,000.

Más no se crea que en medio de tanta grandeza se haya corrompido el espíritu, porque la misma virtud y santidad que se vió en la primera abadesa la R. M. Elvira de Figueroa, se vió en su mayor esplendor en la última, Sor María Josefa de Jesús Sacramentado Maldonado. (1)

(1) En la obra "Flores del claustro" se ven muchos episodios edificantes de las religiosas de este convento.

Un escritor en extremo curioso me ha comunicado que en las épocas aciagas sufridas en todos los templos por las furias liberales, el de éste convento es el único que ni un sólo día, desde que se fundó, ha sido cerrado al culto público, ni se ha dejado de celebrar en él el Santo Sacrificio.

En la época del sitio, el convento fué convertido en maeztranza.

Las religiosas fueron exclaustradas el año de 1863 y pasado el sitio se abrió á mitad del convento una calle y convertido en su mayor parte en casas de vecindad, se han avecindado en él hasta gente prostituida, sustituyendo con imprecaciones y cantos obscenos, aquellos salmos entonados por las vírgenes en el silencio de la noche. (1)

¡A tal extremo llega el hombre en el desenfreno de las pasiones!

LXXXVIII.

Costumbres Piadosas.

Dios debe ser siempre el principio de todas nuestras acciones.

D. Bosco.

ESTANDO tocando á su fin la tarea que me impuse, no quiero dejar de hacer reminiscencias gratas para todo creyente, recordando algunas de

(1) Esto no es hipérbole; cualquiera de mis lectores puede presenciárselo á la hora que guste

las costumbres que nuestros padres practicaban; las cuales desaparecieron á la luz del progreso, (?) cuando apenas tocábamos los umbrales de la vida.

Desde tiempo inmemorial los guardas nocturnos acostumbraban gritar la hora, de las nueve que se daba el toque de la queda en adelante, anunciando á la vez la temperatura; siendo sus primeras palabras, la salutación del Angel. Por ejemplo: ¡Ave María Purísima! Las once y media. Nublado.....

El ejército tenía sus capellanes, asistía á la Misa, batía marcha en todas las procesiones, presentaba armas cuando pasaba un sacerdote; en una palabra, tenía su reglamento religioso, el cual se observaba estrictamente. Una Misa en campamento, era lo más precioso y poético que se conocía en aquellos felices tiempos.

En los conventos de religiosos y monasterios de monjas, á las dos de la tarde se daban nueve campanadas pausadas y nueve seguidas y continuaban las esquilas echando pino. Este era el toque de Vísperas y Completas.

En las Teresas y Capuchinas al peso de la noche se oían las esquilas, y en la Cruz la campana mayor.

Este era el toque de Maitines.

Las personas que sufrían alguna aflicción, iban á media noche á las puertas de los templos y daban fuertes toquidos, indicando así á los religiosos [que á esa hora rezaban en coro] que pidiesen á Dios por sus necesidades.

Los entierros de la clase alta y sacerdotes, eran acompañados de un sacerdote revestido de capa

negra, con acólitos con ciriales y cruz alta hasta llegar al camposanto, yendo los cantores cantando salmos penitenciales al triste y melancólico sonido de los bronces que tocaban doble.

Siempre que un gobernante tomaba el mando, se presentaba primero á la iglesia, y allí era recibido por el clero con el ceremonial propio, cantándose después un solemne "Te-Deum", terminado lo cual pasaba toda la comitiva á Palacio en donde después de recibir el mando era felicitado por el alto clero y nobleza.

A los enfermos se les llevaba el viático con toda solemnidad, procesionalmente cantando el pueblo, en medio de hileras de faroles, llevando por delante una campana anunciando que se acercaba el Rey del Cielo, oído lo cual por los vecinos, salían con cera encendida y no se metían hasta que daba vuelta ó se perdía de vista.

Toda la gente que transitaba por las calles, apenas percibía á lo lejos al Divinísimo, caía de hinojos y no se levantaba hasta que daba vuelta en una esquina ó continuaba acompañándolo. Y si pasaba por algún cuartel, formaba la tropa, presentando las armas y la banda tocaba la marcha real, saliendo en seguida un piquete de soldados que lo escoltaban hasta su parroquia.

Las banderas de los cuerpos antes de dar servicio, eran presentadas á los cuerpos, quienes le juraban fidelidad del modo siguiente: en un paraje público tomaba el capellán con una mano la bandera, y con la otra la espada, las ponía en cruz y todo el cuerpo uno á uno tenían que pasar los soldados por debajo, presentando el arma al pasar.

De allí se llevaba á la iglesia en donde se le bendecía, terminando aquella ceremonia con un solemne Te-Deum.

En el caso de inutilizarse alguna bandera, se llevaba al templo y puesta sobre un túmulo se cantaban vigiliás y responsos y se aplicaban misas. Todo esto era por las almas de los que hubiesen muerto militando bajo de ella. Pero todos aquellos honores se le hacían á la bandera.

En los cuarteles se rezaba el Rosario todas las noches y tenían también los soldados sus comuniones de regla.

Cada día 1º de año se cantaba en la Parroquia un solemne "Te-Deum" al que asistía el I. Ayuntamiento bajo de mazas para implorar el acierto en el nuevo año.

Tanto éste como el Gobernador y demás funcionarios públicos asistían á las grandes fiestas, especialmente en la Semana Mayor; y uno de los altos funcionarios recibía la llave del depósito el Juéves Santo, la cual portaba al cuello hasta el día siguiente que se consumía el sagrado depósito.

Cuando salía por la calle el Prelado, todo el mundo se prosternaba, reconociendo en él al enviado de Dios y éste á su vez bendecía á cuantos encontraba á su paso.

Al encontrar á un sacerdote ó religiosa, ó pasar por algún templo, se descubrían la cabeza con respeto; no menos que al encontrar alguna imagen.

En todas las escuelas al entrar se decía en alta voz: ¡Ave María Purísima! Antes de comenzar la clase se rezaba una salutación, así como al concluir por la tarde se rezaba el Rosario, y al pasar

lista de asistencia se repetía la salutación angélica.

Los ancianos en general eran respetados por la juventud; y qué capáz que, como hoy se vé, fumasen delante de ellos y menos atreverse á pedir la lumbre.

En todas las casas, los domingos y días festivos, reunía la señora de la casa toda la familia y criados para explicarles la doctrina y leerles algún libro piadoso, procurando á la vez que se confesasen en la cuaresma y festividades principales.

Antes de la comida se hacía una pequeña oración y después de ella se daba gracias á Dios concluyendo con pedir la mano de rodillas á los superiores.

A propósito de esto recuerdo que un antiguo criado [por que antes duraban estos tanto en una casa, que eran tratados como de la familia y se jubilaban] de la casa del señor mi padre, siempre que pedía la mano decía la siguiente coplilla:

Dios viene conmigo
Quede con V.
Deme V. la mano,
Se la besaré.

Al dar las campanadas del alba, las doce y á las oraciones de la noche, se rezaba el Angelus; á las tres de la tarde al dar las tres campanadas, se rezaban tres Credos á la preciosa Sangre y al toque de ánimas se rezaba un sufragio. Todo esto se hacía en reunión, porque en oyendo la segunda campanada, todos dejaban su quehacer y corrían al lugar donde se encontraba el superior de la casa.

Al acostarse, después de haber rezado todos las devociones particulares, se apagaba la vela rezán-

dose luego un "Bendito" por las almas del Purgatorio.

Los padres de familia todas las noches ántes de que sus hijos se fuesen á dormir, los reunían y les daban la bendición; y éstos al levantarse saludaban con respeto á los autores de sus días besándoles la mano, así como cuando salían fuera de casa, ántes de salir pedían á su padre de rodillas la bendición; y si este no se encontraba en casa, la pedían á la autora de sus días ó á quien reconocían por su superior.

Hoy hasta los mendigos han progresado; (?) pues antiguamente si se situaban en la vía pública, todo el día era rezar el Catecismo que lo sabían á la perfección, [hoy en su progreso no saben ni persignarse] y si iban á las casas, se hincaban rezando algunas oraciones, hasta que se les mandaba retirarse después de ser socorridos.

En los zaguanes de las casas había palmas benditas, imágenes, rosarios, agua de los Santos Reyes; y en el muro de la entrada, era pintado San Cristobal del tamaño del muro.

En todas las mas casas se ponían en las azoteas, cruces de cantera; en las calles se encontraban nichos con imágenes á la veneración pública, con su lámpara que ardía toda la noche alimentada por sus devotos.

No terminaría si me propusiese seguir una á una aquellas piadosas costumbres, lustre de la generación que acaba de pasar, cuyas costumbres nos avergonzamos de seguir, porque huelen á oscurantismo y retroceso.

LXXXIX.

La Parroquia del Sagrario.

Estela luminosa y esplendente
Dejaste al cruzar por estos lares
¡Oh sacra Compañía! tú noble frente
Jamás se abatirá; y en tus altares
Siempre Ignacio estará resplandeciente.

LA iglesia y convento de San Ignacio de Loyola que fué de los regulares de la extinguida Compañía de Jesús, se fundó en 1625 siendo sus insignes patronos y fundadores el Dr. D. Diego Barrientos y Rivera, Alcalde Mayor, que fué de esta ciudad, y sucesor del Exmo. Sr. Marqués de Cerralvo, Virrey de México, y Doña María de Lomelín, su esposa.

Como el primer edificio era corto é incómodo no menos que el templo, entró á reformarlo la pasmosa largueza de nuestro insigne compatriota el Br. D. Juan Caballero y Osio, haciéndole desde sus cimientos á fines del siglo XVII, y más tarde en 1755 fué renovado tal y como hoy se vé por los padres de la misma Compañía.

El último rector de este colegio fué el padre Andrés Lucerna, hasta el 25 de Junio de 1767 en que fueron expatriados los padres á las provincias de Italia, por decreto del Rey D. Carlos III. dado en el Pardo á 27 de Febrero del mismo año. (1)

(1) Precisamente estaba el Padre general de la Compañía Salvador Gandara, queretano de origen, en este colegio en la visita; LEYENDAS.—52.